

Salvador Biedma

El Muy Fantasma

Ilustración de tapa de Leo Batic





*Para mirar la nieve en la noche
hay que cerrar los ojos.*

Del poema “Nieve nocturna”, de Jorge Teillier



“¿Cómo será tocar la nieve?”, se pregunta Nico en medio de la noche, antes de dormir. No sabe si su hermana está despierta, así que, casi para averiguarlo, dice en un susurro: “¿Seguirá siendo blanca la nieve en medio de la oscuridad?”. Camila no contesta. Nico hace un esfuerzo para recordar las preguntas, va a esperar al día siguiente para ver qué le responden su mamá o su papá o quizá Mario, el kiosquero.

Todavía no se duerme. Imagina posibles contestaciones. Y de repente le surge otra idea: “Qué ganas de que venga un fantasma. Y podría preguntarle por la nieve. Un fantasma tiene que saber sobre la nieve y también, aún más, sobre la oscuridad”. En cuanto termina de pensar esto, ahora sí, con una lucecita lejana prendida en algún otro lugar de la casa, Nico se duerme. Y sueña.

No sueña con la nieve ni con un fantasma ni con la oscuridad. Sueña con la playa, con el sol, con un pozo hondísimo que hace en la arena estirando los brazos cada vez más hasta que bajo el suelo encuentra agua y ahí, en el agua, una ballena enorme llamada Mochita. Claro que es un sueño.

—Cami —le dice a su hermana al día siguiente—, si pudieras elegir un fantasma, ¿cómo sería?

—Ay, no, yo no quiero un fantasma.

—¿No? ¿Y por qué?

—Porque dan miedo los fantasmas.

—Pero uno que no dé miedo. Dale. ¿Cómo sería?

Camila lo mira por encima del tazón de té con leche. No quiere contestarle.

—Mamá, ¿los fantasmas saben mucho sobre la nieve?

—Los fantasmas no existen, Nico.

—¿Y por qué no? Yo puedo inventar uno.

—¿Uno que no dé miedo? —pregunta Camila, ahora, de pronto, más interesada.

—Que dé un poco. Un poco de miedo está bien, ¿no? Pero, sobre todo, que sepa mucho sobre la nieve.

Ese mismo día, después de la escuela, camino a su casa, Nico les pide a Camila y a su mamá que lo esperen y entra en el kiosco para hacerle unas preguntas a Mario. El hombre usa anteojos de marco plateado, de metal, tiene poco pelo y una nariz, si se puede decir de este modo, inmensa, gigante, descomunal. Siempre está serio, no parece muy dado a conversar, pero Nico varias veces creyó ver, detrás de los anteojos, una sonrisa en su mirada.

—Mario, Mario, tengo una pregunta.

—¿Cómo te va, pibe?

—Bien, pero estoy apurado y tengo una pregunta.

—¿Una pregunta para mí?

—Sí, para vos.

—A ver...

—¿Qué nombres tienen los fantasmas?

—¿Cómo? No entiendo.

—Vos te llamás Mario...

—Sí.

—Yo me llamo Nicolás. ¿Cómo puede llamarse un fantasma?

—¿Y cómo voy a saber eso? ¿Tengo pinta de haber visto muchos fantasmas?

—Dale, estoy apurado. Decime un nombre que pueda tener un fantasma.

De fondo suena la radio y se llega a escuchar que alguien dice “esto va a ser un papelón internacional”. Mario mira a Nico.

—¿Para qué es la pregunta?

—Voy a inventarlo.

—¿A inventarlo?

—Voy a inventar un fantasma, eso, pero necesito un nombre.

—Déjame pensar.

Ahora la sonrisa que Nico creía notar en los ojos de Mario se dibuja en un costado de la boca. El kiosquero mira hacia arriba como si buscara una idea en el techo. Un segundo, dos segundos, tres segundos. Está concentrado. La mamá de Nico se asoma y enseguida saluda a Mario tratándolo de usted:

—¿Cómo está?

—Buenas tardes, señora.

—Dale, Nico, vamos.

—Ya voy, ma. Es un segundo más.

Él no despega la mirada del kiosquero, apurado por recibir una respuesta.